

El Estado de Bienestar y la decadencia de la democracia¹

El Estado de Bienestar está considerado un claro avance de la civilización entre sus más fervientes defensores que no son más que sus principales beneficiarios, esto es, los miembros de la clase política. Sin embargo, la historia y el sentido común muestran más bien que el Estado de Bienestar no es más que un sistema organizado de control político y domesticación del hombre libre² a través de la compra de votos, y que no simboliza otra cosa más que la decadencia del sistema político democrático.

En efecto, en este ocaso de la democracia la política se ha ido reduciendo a una impudorosa compra de votos realizada a plena luz del día a través de subsidios dirigidos a una mayoría de la población – que es la que interesa electoralmente - y no a la minoría más desprotegida. La última ofensiva, que hay que tomarse muy en serio como un paso significativo hacia la servidumbre, es la llamada renta básica universal, paradigma de la vieja promesa de “vótame y podrás vivir sin trabajar”.

Hoy voy a hablarles de cómo las dos grandes civilizaciones occidentales de la Antigüedad fueron corrompidas por un precedente del Estado de Bienestar y recorreré el camino inexorable que lleva del sufragio universal al Estado Obeso, de éste a la deuda excesiva, de la deuda a las políticas monetarias imprudentes y, envolviéndolo todo, a la decadencia moral que amenaza con destruir las sociedades occidentales.

Esta degeneración del sistema político democrático era previsible. ¿Por qué? Porque no es nuevo. Hace 2.600 años Atenas se convirtió en la primera democracia de la historia y en un ejemplo claro de progreso basado en el imperio de la ley. Duró aproximadamente dos siglos y medio y no tuvo una vida fácil. El primer intento se saldó en fracaso. En efecto, Solón, uno de los siete sabios de Grecia, fue llamado por el pueblo para restablecer el orden rehaciendo las leyes con sabiduría y justicia. Tras hacerlo, pidió a los atenienses que conservaran lo que él había creado y, en la cumbre de su fama, se retiró a un exilio voluntario para evitar la tentación del poder y las constantes presiones para cambiar sus propias leyes. Cuando volvió diez años más tarde se encontró con que la turba quería entregar el poder al tirano Pisístrato, demagogo que gozaba de gran popularidad. Nos cuenta Plutarco que Solón “supo ver su naturaleza y fue el primero en prever sus ideas insidiosas”, y amonestó severamente a sus conciudadanos: “Os prendáis de la lengua y las palabras de un hombre enlabiador y artificioso, más no miráis, atentos, su conducta. Uno a uno sois un astuto zorro, pero juntos sois un tropel de bobos”³. Cuatro siglos antes de que Plutarco escribiera esto, Heródoto ya había observado que “resulta más fácil engañar a muchas personas que a un solo individuo” (V, 97).

Con sus altibajos, la democracia ateniense duró hasta el dominio macedonio, pero su decadencia había comenzado unas décadas antes. Como bien describió Isócrates, los ciudadanos de Atenas comenzaron a pensar sólo en sus derechos y no en sus deberes; buscaban que el Estado les garantizara no su libertad, como en los viejos

¹ Conferencia pronunciada en Madrid ante el Club Liberal Español dentro del ciclo “En Defensa de la Libertad”.

² DALMACIO NEGRO, *La Tradición Liberal y El Estado*, U. Editorial, 2011, p. 243 y ss.

³ PLUTARCO, *Vidas Paralelas*, Ed. Gredos.

tiempos, sino privilegios. “Las masas prefieren una persona que les adule que una que les beneficie”, resumió con resignación. Los hombres que sonreían a las masas y ganaban sus votos no eran estadistas, sino que se aseguraban que todo ateniense tuviera una entrada gratuita para el teatro. Edith Hamilton, una de las mayores expertas en la Antigua Grecia, resumió así el fracaso de Atenas:

“Lo que el pueblo quería era un gobierno que les proveyera de una vida cómoda, y con esto como objetivo principal, las ideas de libertad y autosuficiencia quedaron oscurecidas hasta el extremo de desaparecer. La ciudad de Atenas se empezó a ver más y más como una cooperativa de gran riqueza de la que todos los ciudadanos tenían derecho a participar. Fondos públicos más y más elevados, exigían impuestos más y más onerosos, pero eso sólo preocupaba a la clase acomodada, siempre una minoría, y nadie dedicó un solo minuto a pensar que la fuente podría secarse con tanto impuesto. La política estaba ahora tan íntimamente ligada al dinero como al voto. De hecho, el dinero implicaba el voto. Los votos estaban a la venta, así como los funcionarios. El proceso quedó muy claro para Platón: «El exceso de libertad en estados o individuos parece convertirse en exceso de esclavitud». Atenas había llegado al punto de rechazar su independencia, y la libertad que ahora quería era sentirse liberada de cualquier responsabilidad. Sólo podía haber un resultado. Si los hombres insistían en liberarse de las cargas naturales de la vida (...) dejarían de ser libres en absoluto, puesto que la responsabilidad es el precio que todo hombre debe pagar por su libertad. Atenas había alcanzado el fin de su libertad, y jamás la recuperaría”⁴.

Más o menos a la vez que la democracia ateniense surgió la República de Roma, que duró el doble y que también tenía cierta participación democrática a través de sus asambleas. ¿Por qué se derrumbó la república romana? Al igual que había ocurrido en Atenas, su final no fue brusco, sino que comenzó unas décadas antes de su muerte oficial. Como recordarán, la república romana tenía un delicado equilibrio de poderes. Existía un Senado de carácter aristocrático (etimológicamente, el gobierno de los mejores), un poder ejecutivo formado por los magistrados cuyo máximo exponente eran los dos cónsules elegidos por un año y con mutuo poder de veto, y sus asambleas o concilios, entre las que destacaba la asamblea de la plebe, de carácter nítidamente democrático y que elegía a sus propios tribunos. Pues bien, un tribuno de la plebe, Tiberio Graco, quiso introducir una ley de redistribución de la riqueza. Así lo cuenta el historiador Edward Watts:

“Que la República interviniera para equilibrar el reparto de riqueza que los ciudadanos de Roma habían creado entre todos, ricos y pobres por igual, era algo nuevo. Cuando el Senado se negó a apoyar la propuesta, Tiberio decidió romper con la tradición y plantear su moción directamente ante la asamblea de la plebe (...) pensando que no podría triunfar en política si obedecía las reglas existentes (...). Entonces la fortuna tuvo una intervención espectacular. Atalo III, rey de Pérgamo, murió y dejó su reino y su tesoro al pueblo romano (...). Tiberio vio en el lenguaje del documento de Atalo una nueva oportunidad y afirmó que era el

⁴ EDITH HAMILTON, *The Echos of Greece*, Norton 1961, p. 47

concilium plebis, y no el Senado, el que debía decidir cómo gastar el dinero (...). Así, empezó a llevar el sistema político romano hacia una democracia directa en la que los viejos equilibrios institucionales desaparecieran y en que la asamblea de la plebe se convirtiera en la fuerza dominante de la política romana”⁵.

Tiberio sería pronto asesinado a garrotazos por una turbamulta, pero se había puesto en movimiento una fuerza corrosiva que no terminaría con su muerte. Su hermano Cayo Graco, elegido también tribuno de la plebe, fue mucho más allá y aprobó una ley para distribuir cereal a precios por debajo de mercado a todos los ciudadanos romanos que lo desearan, todo ello financiado con dinero público. Acabó asesinado como su hermano, pero la semilla de la destrucción de la República ya había sido sembrada. Como nos recuerda el historiador Pedro Barceló, “la plebe de la ciudad de Roma fue mostrando una creciente disposición a dar su voto en los comicios a aquel candidato que estuviera dispuesto a garantizar del mejor modo sus intereses materiales, por lo que la manipulación de los comicios a través de la compra de votos se convertiría a partir de entonces en un método habitual de la política”⁶. La República de Roma quedaba herida de muerte.

Tras estos fracasos y con excepciones puntuales, la civilización occidental enterró el concepto de democracia durante 1.800 años. En 1776 comenzó uno de los Estados Unidos de América, cuyos padres fundadores insistieron en denominar “república” frente a “democracia”, la cual definían como “dos lobos y una oveja votando qué vamos a cenar esta noche”. Les preocupaba mucho que su sistema político se convirtiera en un “gobierno de la masa” (*mob rule*) en el que la mayoría conculcara los derechos de la minoría, fuera ésta definida por religión, raza o riqueza (los más pobres o los más ricos). Desconfiaban del derecho divino de las mayorías tanto como del derecho divino de los reyes. De hecho, muchas cuestiones pueden ser examinadas a la luz del abuso de la mayoría: la fiscalidad progresiva (la mayoría decide que una minoría pague más que proporcionalmente), la rígida legislación laboral que dificulta el despido (“protegiendo” aparentemente a la mayoría empleada mientras socava las posibilidades de encontrar trabajo de la minoría desempleada), e incluso el aborto (la mayoría ya nacida priva del derecho a existir a la minoría sin voz e indefensa que aún está en el vientre de sus madres). No por casualidad, la Declaración de Independencia norteamericana defendió la existencia de derechos “inalienables” de la persona otorgados ex ante por su Creador, y posteriormente la Constitución se estableció como fortaleza inexpugnable para defender a las minorías contra el abuso de las mayorías. Por cierto, los padres fundadores conocían la ley de hierro de la oligarquía, tan bien explicada por el Prof. Dalmacio Negro⁷, esto es, que el poder recae siempre en manos de unos pocos. El historiador de Oxford Ronald Syme lo describe así: “en todas las épocas, cualquiera que sea la forma y el nombre del gobierno, ya sea monarquía, república o democracia, una oligarquía acecha detrás de la fachada (...)”⁸. Al igual que la República de Roma, establecieron un sistema de controles y contrapesos que evitara la concentración de

⁵ EDWARD WATTS, República Mortal: Cómo cayó Roma en la tiranía, Galaxia 2019, p. 84 y ss.

⁶ PEDRO BARCELÓ, Breve Historia de Grecia y Roma, Alianza Ed. 2001, p. 246

⁷ DALMACIO NEGRO, La Ley de Hierro de la Oligarquía, Encuentro 2015..

⁸ RONALD SYME, La Revolución Romana, Crítica 2010, p. 16

poder en esos pocos, conscientes de que resulta “una experiencia eterna que todo hombre investido de autoridad abusa de ella”, en genial expresión de Montesquieu.

En otras partes de Occidente, incluso a principios del siglo XIX, la mera idea de igualar el poder de voto de un jovencito imberbe con el de un viejo sabio, o de personas alfabetizadas y cultas con personas sin educación, o de aquellos que pagaban impuestos para financiar subsidios con aquellos que recibían esos mismos subsidios, se consideraba extraña. En el Reino Unido, por ejemplo, en 1832 sólo el 7% de la población mayor de 20 años tenía derecho a voto, y en Alemania era de sólo el 10% en fecha tan tardía como 1871. De hecho, el sufragio universal no fue adoptado en la mayor parte de los países europeos hasta después de la Primera Guerra Mundial, entrado ya el s. XX, aunque como hubo subconjuntos de la población a los que no se permitió votar hasta mucho más tarde (mujeres y minorías raciales o religiosas), no podemos hablar de sufragio universal en sentido estricto hasta la segunda mitad del siglo XX: Italia (1945), Canadá (1960), Australia (1962), Estados Unidos (1965), Suiza (1971), España y Portugal (1976), Liechtenstein (1984) o Brasil (1988).

Pues bien, con esta democracia basada en el sufragio universal (pero, como todo sistema político, inevitablemente oligárquica) ha llegado de polizón, como una maldición inexorable, el Estado de Bienestar o Estado Semi-Totalitario, como prefieran llamarlo. Déjenme hacer una aclaración: cualquier sociedad que aspire a llamarse civilizada tiene el deber moral de ocuparse de los más débiles, de los que no pueden cuidarse por sí mismos de forma temporal o permanente, pero el Estado sólo debe tener un papel subsidiario, siendo la familia (tan atacada hoy) la primera línea de defensa y las instituciones caritativas privadas la segunda. Sin embargo, los más débiles, por definición, son una minoría, y las minorías tienen poco interés para el Estado de Bienestar, que es un concepto político. Esa es la razón por la que el Estado de Bienestar, de manera escandalosa, no ha proporcionado protección a quienes debería, mientras prometía a la mayoría una seguridad ficticia, innecesaria y fraudulenta a cambio de su libertad. “Dame tu libertad y yo te daré seguridad”. Éste es el trueque tramposo y, siendo la naturaleza humana como es, suele funcionar. En la Biblia podemos leer cómo el pueblo judío culpó amargamente a Moisés por todas sus adversidades en el desierto sólo semanas después de haber sido salvado por él de la esclavitud: “¿Por qué no morimos de la mano de Yahvé en Egipto, donde solíamos sentarnos alrededor de las ollas de carne y podíamos comer hasta la saciedad?”. ¡Cambiarían felizmente su recién recuperada libertad, naturalmente llena de incertidumbres, por la "seguridad" de un estómago lleno! Definitivamente no podemos dar por sentado el valor que el hombre le da a su propia libertad, porque la libertad conlleva responsabilidad, esfuerzo, tomar las decisiones correctas, errar, caer y levantarse de nuevo después de cada caída. En realidad, la verdadera libertad puede dar miedo, y precisamente de ese temor se aprovecha el Estado de Bienestar bajo una farsa de altruismo que es sólo una coartada para justificar su existencia y disimular su voluntad de dominación.

Aunque se menciona mucho a Bismark, la concepción actual del Estado de Bienestar data sólo de hace algo más de medio siglo. Como hemos visto, en las democracias con sufragio universal los políticos necesitan seducir a las masas, y normalmente lo hacen prometiendo dinero público a cambio de votos. Esta dinámica crea la ilusión de que el dinero crece en los árboles: infraestructuras "gratuitas",

sistemas de salud "gratuitos", sistemas de educación pública "gratuitos" – como si tal cosa existiera. Los "derechos" empiezan a crecer como hongos en otoño en un bosque húmedo - derechos sin obligaciones ni responsabilidades: el Estado proveerá sin importar lo que pase, así que no hay necesidad de ahorrar, ni hay necesidad de tener hijos para mantenerte en la vejez, ni hay necesidad de buscar un trabajo, ni siquiera de aceptarlo si te lo ofrecen. Los votantes son abiertamente sobornados con subsidios y así, distraídos por la libertad política, no ven cómo les roban sigilosamente su libertad personal y su dignidad.

Los impuestos son el reflejo de las promesas, su consecuencia natural: primero, prometes; después, cobras impuestos (a pesar de esta evidencia, es un notable fenómeno social que la mayoría de los votantes sigan creyendo que las promesas no tienen coste alguno para ellos). Con la creación de la democracia sin límites, los políticos crearon una inflación de promesas, y los impuestos tuvieron que seguir el ritmo. Por ello el gasto público es una estupenda medida del crecimiento del Estado de Bienestar. Hasta finales del siglo XIX, aproximadamente el 50% del gasto público era militar y, aún así, en 1870, el gasto público en los países occidentales era de alrededor del 10% del PIB; antes de la Primera Guerra Mundial todavía estaba por debajo del 13% del PIB (el 7% en los EEUU, menos del 10% en los países nórdicos y el 12% en el Reino Unido) y el empleo público como porcentaje de la fuerza laboral total era minúsculo, entre el 3 y el 5%. Estas eran las cifras hace sólo 100 años, en tiempos de nuestros abuelos. Hoy en día, el gasto público en la UE se acerca al 50% del PIB y el empleo público supone el 18% de media en los países de la OCDE, alcanzando el 30% en los países nórdicos.

Los impuestos permanentes sobre la renta - la principal fuente de extracción del Estado - es otro invento reciente (como puede verse, no todos los inventos son un progreso para la humanidad). El primer impuesto permanente tuvo lugar en 1842 en Gran Bretaña. Entre 1913 y 1925, los Estados Unidos, Francia, Alemania, Australia, Canadá, Finlandia o Bélgica se unieron al grupo. Suiza no promulgó un impuesto permanente sobre la renta a nivel federal hasta 1939 (cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial). Cabe destacar que al principio los tipos de gravamen solían ser de un solo dígito, entre el 1 y el 7% sobre los ingresos anuales, mientras que hoy en día no es raro encontrar tipos impositivos de entre el 40% y el 50%.

Los siempre astutos políticos buscaron maneras de aumentar los impuestos sin que se soliviantaran los contribuyentes. Una de las más exitosas formas de lograrlo fueron los tipos impositivos progresivos, considerados, por cierto, inconstitucionales en los EEUU hasta 1913. En efecto, a través de la fiscalidad progresiva, los políticos suavizan las protestas de los votantes causadas por una subida de impuestos utilizando la poderosa pasión de la envidia. “Ud. pagará más, pero tranquilo: su vecino pagará aún más”. Existen otros hábiles trucos para subir la fiscalidad de manera encubierta: la "Seguridad Social", que suena mejor que “impuesto sobre el trabajo” y parece casi un contrato, excepto por el pequeño detalle de que sólo es la promesa de un político (algo que yo no calificaría como AAA); la retención de impuestos para evitar que el contribuyente tenga que realizar el pago de forma activa; y la creación de muchos y pequeños hechos impositivos, a cada cual más excéntrico (los últimos son los “verdes”, o sea, rojos), para que la suma global de impuestos abusivos pase desapercibida al distribuirse en distintas fechas y por distintos conceptos a lo largo del año.

Los políticos primero prometen, luego suben los impuestos y, cuando se les acaba el dinero, se endeudan – o mejor dicho, nos endeudan. Para financiar las promesas con las que los demagogos compran el voto de los ciudadanos, este brutal aumento de impuestos no ha sido suficiente, por lo que todas las democracias han tenido que endeudarse. La deuda pública era casi inexistente a principios del siglo XX (inferior al 10% del PIB) y los presupuestos equilibrados se consideraban la norma excepto en tiempos de guerra. De hecho, en el pasado, los prestamistas desconfiaban de los gobiernos. En el siglo XIV, por ejemplo, los reyes eran obligados a pagar tasas de interés más altas que los prestatarios privados comerciales, ya que eran considerados menos fiables. Pues bien: en sólo cien años, la deuda pública se ha disparado del 10% sobre el PIB al actual 90-100% en muchos países occidentales, y gracias a los bancos centrales y sus tipos de interés negativos, ahora son los prestamistas quienes pagan intereses a los gobiernos por el privilegio de prestarles una cantidad que nunca podrán devolver. En este caso, la sabiduría ha disminuido claramente desde el siglo XIV.

La tendencia del endeudamiento es particularmente notable en los últimos 35 años: tanto los niveles de deuda pública como privada se mantienen en niveles históricos en la mayoría de las regiones del mundo. Parece que las sociedades actuales han perdido el debido respeto que merece la deuda que, al permitir vivir por encima de las posibilidades, también trae consigo una cierta pérdida de realidad. En los buenos tiempos, la deuda tenía dos frenos naturales: los tipos de interés y la obligación de reembolso. Los tipos de interés han sido suprimidos por los Grandes Timoneles del mundo (los banqueros centrales) y los prestamistas no quieren mirar lo terrible que es su cartera de préstamos y siguen la política del avestruz posponiendo lo inevitable en la esperanza de que vendrán tiempos mejores para salvarlos del desastre. En definitiva, yo te sujeto tu careta y tú me sujetas la mía. El problema con estas políticas imprudentes es que el mundo se ha vuelto adicto a la deuda y ha consumido hoy la riqueza del mañana. Como en todas las adicciones, la única cura implica pasar por el dolor del síndrome de abstinencia, pero en nuestras sociedades adolescentes, malcriadas y egocéntricas, el dolor se considera algo absolutamente inaceptable.

El aumento de la deuda está relacionado con el sistema de reserva fraccionada, basado en la confianza, cuya característica clave es la fragilidad escondida tras esa peculiar sensación de seguridad que ofrece la "garantía" de depósitos (¿quién garantiza al garante?) que quita el peso de la responsabilidad de los hombros del individuo en el momento de elegir qué entidad es lo suficientemente segura para custodiar sus ahorros. Este sistema amplifica la quiebra de un banco más allá de sus accionistas y prestatarios y tiene una espada de Damocles: el temor a un pánico bancario. Al desincentivar a gestores y depositantes a comportarse de manera más prudente, más responsable, incluso como adultos, el abuso de confianza en el sistema crea un riesgo sistémico que ha agudizado su fragilidad. Ya saben que la fragilidad es un concepto traicionero: durante mucho tiempo, nada parece suceder y la prudencia parece pusilanimidad o estupidez, hasta que de repente, aparentemente de la nada, se desatan todos los infiernos.

El declive de la democracia trajo el Gran Gobierno, los impuestos elevados y el endeudamiento gigante, pero también ha traído las monedas fiduciarias y las políticas monetarias enloquecidas. ¿Recuerdan cuando Nixon canceló unilateralmente la

convertibilidad del dólar estadounidense en oro? "He ordenado al secretario del Tesoro que suspenda temporalmente la convertibilidad del dólar en oro", dijo. Por favor, tomen nota de la palabra "temporalmente", leída medio siglo después. Aumentar la base monetaria más allá del crecimiento estimado de la economía real es muy fácil y no es nuevo. Podemos encontrar ejemplos cuando la moneda tenía algún valor intrínseco susceptible de ser devaluado con metales más pobres, como en las postrimerías del Imperio Romano, o en los inicios del papel moneda, en la China del siglo X. Por un tiempo, la devaluación parece inofensiva, pero el final es predecible. Por supuesto, las monedas fiduciarias tienen tanto ventajas como inconvenientes, pero su mayor problema es que se apoyan, quizá demasiado, en el sentido común, el buen juicio y la condición moral de quienes ostentan el poder.

Hablemos, por último, de las políticas monetarias enloquecidas. Sometidos a una falsa sensación de seguridad que no es más que una ilusión de control, los banqueros centrales han tratado de eliminar los ciclos económicos, que se producen al menos desde los tiempos de la Biblia, con los proverbiales siete años de vacas gordas seguidos de los siete años de vacas flacas. Sin embargo, los ciclos son naturales – por cuanto el hombre es falible y el futuro impredecible - e indispensables, ya que recompensan el acierto, la visión, la inteligencia y el comportamiento correcto y castigan la imprudencia, la codicia excesiva, la miopía, el error predictivo o la estupidez. Los ciclos traen dolor, y el dolor provoca el cambio necesario. Así es como funciona la naturaleza humana. Debido a la naturaleza caída del hombre, los incentivos son esenciales para corregir el mal a largo plazo, y parte esencial de un sistema de incentivos es asumir las consecuencias de nuestros actos. Sin embargo, la represión financiera de las políticas de tipo de interés cero o negativo, que se verá en el futuro con consternación y se juzgará como una huida de la realidad basada en la arrogancia, ha dañado gravemente dicho sistema de incentivos, destruido el mecanismo de precios, distorsionado gravemente el valor de los activos y creado una fantasía en la que los errores no se corrigen, las adicciones no se curan, los problemas no se resuelven y sus consecuencias se amplifican. Cuando estudiaba economía en la Universidad hace 30 años, sólo las repúblicas bananeras y algunos regímenes africanos hacían lo que hoy hacen, con toda naturalidad, la Reserva Federal, el BCE, el Banco de Japón o el Banco Nacional Suizo. Las víctimas inocentes han sido hasta ahora ignoradas por la opinión pública: jubilados, compañías de seguros, bancos, fondos de pensiones, etc., que se han visto obligados a asumir riesgos elevadísimos tratando desesperadamente de obtener algún rendimiento. Desafortunadamente, tan seguro como la noche sigue al día, pagaremos el precio de esta imprudencia, aunque los banqueros centrales responsables encontrarán algún chivo expiatorio para la próxima crisis y saldrán de puntillas del escenario cómodamente sin asumir responsabilidad alguna.

La emperifollada imagen de los bancos centrales como un grupo de hombres sabios y magnánimos sentados alrededor de sus bolas de cristal, dotados de inteligencia sobrenatural y destinados a gobernar el mundo no se adecúa a la realidad. Recuerdo a Haruhiko Kuroda, gobernador del Banco de Japón, diciendo en el 2015: "Confío en que muchos de ustedes estén familiarizados con la historia de Peter Pan, en la que se dice que en el momento en que dudas si puedes volar, dejas de ser capaz de hacerlo para

siempre. Sí, lo que necesitamos es una actitud positiva y una convicción⁹. ¿No están ustedes más tranquilos sabiendo que eso es todo lo que necesitamos para seguir desafiando la gravedad? De Peter Pan recuerdo otro personaje: el cocodrilo que hacía tic-tac. Creo que lo que el cocodrilo había comido eran estas arrogantes e imprudentes políticas monetarias, una bomba de relojería con una mecha cuya longitud desconocemos, pero que es finita.

No obstante, lo más relevante para el futuro de nuestras sociedades occidentales no son estos experimentos, como el sufragio universal, el Estado Gigante, la Deuda impagable y los excesos monetarios. Lo más trascendente es que, por primera vez en dos milenios, las sociedades occidentales cristianas viven como si Dios no existiera. Ya no hay Diez Mandamientos, ni Ley Natural, ni derechos inalienables, ni un bien y un mal claramente definidos y transmitidos de forma consuetudinaria generación tras generación. Las reglas y los derechos son decididos, casi sin excepción, por la cambiante opinión de una masa convenientemente dirigida por minorías organizadas y que no rinde cuentas a nadie ni se siente constreñida por límite alguno. Sin duda, todo ello está permeado por el relativismo, una de las corrientes filosóficas más peligrosa de todos los tiempos, que afirma que la verdad absoluta no existe y que todo depende de las opiniones subjetivas.

Hemos olvidado la lección de los sabios de antaño, quienes nos susurran a través del tiempo advirtiéndonos para que no repitamos sus errores ni suframos su final. ¿Puede que en nuestra búsqueda de una libertad mal entendida nos hayamos convertido en esclavos, o peor aún, en esclavos que no son conscientes de su estado de esclavitud? Sócrates ya nos advirtió que los hombres sólo pueden ser libres si son dueños de sí mismos y, por tanto, que los ciudadanos de una democracia pueden ser esclavos, y Aristóteles siempre ligó el ejercicio del poder al ejercicio de la virtud. Mucho me temo que la evidente decadencia moral de las sociedades occidentales ya nos está acarreado una pérdida de la libertad. Hemos olvidado a Aquel que hace 2.000 años nos dijo que sólo la Verdad nos haría libres¹⁰. Me preocupa que estemos participando ciegamente en el declive de nuestra civilización en nombre de un supuesto progreso, que estemos perdiendo la verdadera libertad en nombre de un sucedáneo. Nuestras democracias deificadas están degenerando en una competición acelerada en la que los que aspiran al poder animan a las mayorías a votar para sí mismas derechos cada vez mayores y deberes cada vez menores. Sin embargo, la libertad sin responsabilidad y sin moral no es libertad sino barbarie, y una vez que la moral esté suficientemente corrompida por una conciencia anestesiada, las masas soberanas o las oligarquías que las dirijan, habiendo secuestrado la verdad y redefinido el bien y el mal a su conveniencia, se convertirán en despiadados tiranos. Esta tiranía no será más que el resultado de la gran frustración de generaciones maleducadas en expectativas fantasiosas, en que el Estado puede suplir toda imprevisión y todo error de juicio y evitar todo sacrificio y todo sufrimiento, y de que no existe nada más allá de sus impulsos, sus deseos y sus pasiones. Esto es lo que Raymond Aron denunciaba descarnadamente como “la doble corrupción de gobernantes y gobernados”¹¹ en las sociedades

⁹ Japan Times, 5 junio 2015.

¹⁰ Jn 8, 32.

¹¹ RAYMOND ARON Democracia y Totalitarismo, Página Indómita 2011, p. 184.

modernas. Podría terminar mi conferencia con un animoso y políticamente correcto canto de esperanza, pero me parece más honesto terminar con dos preguntas, tan inquietantes como necesarias: ¿Surgirá un líder democrático que sea capaz de revertir este proceso? Y si surge, ¿le votará el pueblo?

Fernando del Pino Calvo-Sotelo

www.fpcs.es